



de los liberales. Pero, no obstante, determinó ofrecer la resistencia que fuera posible.

El mismo día de su reaparición ante los muros de Oaxaca, el General Díaz inspeccionó todas las líneas de fortificaciones; é inmediatamente comenzó á hacer todos los arreglos necesarios para cortar toda comunicación entre la ciudad sitiada y el exterior; lo cual pronto quedó enteramente asegurado. Luego comenzó el bombardeo, con la intención de convencer á Oronoz que tendría que rendirse ó sería destruida la ciudad. Oaxaca podía haberse sostenido por un período indefinido, si no hubiera sido porque la batalla de La Carbonera había puesto en manos del comandante liberal algunos excelentes cañones rayados y otros útiles de guerra que eran invaluable para un bombardeo. Los austriacos y algunas otras tropas extranjeras que estaban dentro de los muros de la ciudad, pelearon valientemente y con la mayor desesperación, lo cual el General Díaz fué el primero en reconocer; y después de la toma de la plaza, rindió homenaje de admiración al valor y galantería de los hombres que se habían visto obligados por la suerte á rendírsele.

El décimo día del sitio fué enarbolada la bandera blanca en los muros de la ciudad sitiada; y Oronoz pidió una conferencia para considerar los términos de la rendición. Esto fué concedido; y después de una conferencia, en la cual el comandante imperialista hizo todo lo posible por asegurar términos más favorables, convino en redirse incondicionalmente. Con lo que, el último día de Octubre de 1866, Porfirio Díaz marchó dentro de la ciudad donde se mecía su cuna, y de donde había salido como prisionero hacía menos de dos años.

Después de haber dado órdenes para el establecimiento de medidas sanitarias dentro de la ciudad conquistada, y de reorganizar sus fuerzas, incorporando á su propio ejército todos aquellos imperialis-

tas que quisieron unir su fortuna con la de la causa republicana, el comandante en jefe liberal inmediatamente se preparó para marchar á la región del Istmo, donde los imperialistas estaban aún muy activos.

Durante la primera parte del mes de Diciembre se dirigió á Tehuantepec; en el camino se encontró con un cuerpo de imperialistas al mando del Coronel Toledo, los derrotó en Chitova y prosiguió directamente sobre la ciudad de Tehuantepec, donde llegó el 14 de Diciembre: el mismo día ocupó el lugar sin la menor oposición.

Dos días después derrotó al enemigo en Tequisitlán, y de nuevo, el 18 del mismo mes en Jalapa. El terror que infundía su nombre se había extendido por toda la región del Istmo antes de su llegada, y no tenía más que presentarse en cualquier lugar, para que los imperialistas huyeran al saber su proximidad. De suerte que los dos sucesos últimamente mencionados, apenas pueden ser honrados con el nombre de batallas; pues aunque el enemigo trató de resistir, en ambos casos huyó después del primer encuentro con las tropas liberales.

Habiendo limpiado el Istmo de imperialistas y alistado un buen número de nuevos reclutas, el General Díaz dejó una guarnición para defender la ciudad de Tehuantepec, y se puso en marcha de regreso á Oaxaca, donde llegó el 10 de Enero de 1867.

Durante su ausencia, el cuartelmaestre imperialista Franco, que se había grangeado el odio de los liberales á causa de sus brutalidades, había sido capturado en los momentos en que trataba de escaparse á la ciudad de México. He aquí la historia de este asunto según la relata el mismo General Díaz:

“El Obispo Covarrubias había sido uno de los más eficaces auxiliares de la intervención, y se asustó mucho, porque habiéndome mandado preguntar qué consideraciones le guardaría si tomaba á Oaxaca, y siguiendo mi sistema de aparentarme sanguina-

rio para infundir terror, le contesté que lo fusilaría con su gran uniforme de Obispo, lo cual lo desmoralizó completamente; y otro tanto le pasó á Franco; y esto motivó la salida de ambos para Puebla (de allí siguieron á México.)

“Estando Franco en México con D. Manuel Dublán, después de la rendición de Oaxaca, se pusieron ambos de acuerdo para ir con una escolta hasta Tehuacán, que todavía estaba en poder del enemigo, á recibir á sus respectivas familias que habían mandado traer de Oaxaca. Con este propósito salieron de México; pero, en Puebla, comprendió Dublán que había peligro en seguir adelante, y manifestó á Franco que lo esperaba allí, si él continuaba su marcha, aconsejándole que se detuviera.

“Avisados los puestos avanzados que tenía yo en algunos lugares cercanos de la carretera que conduce de Puebla á Tehuacán, de que llegaba á Tlacotepec una fuerza de caballería enemiga en tal número que ellos podían batir, la dejaron entrar á Tlacotepec, para atacarla en dicha población con ayuda de vecindario.

“No tardaron mis soldados de caballería, mandados por el Teniente Coronel Don Ignacio Sánchez Gamboa, en apoderarse de Franco y de su escolta, que mandaron para Oaxaca, donde llegó el primero, el día 6 de Enero, antes de mi regreso de Tehuantepec.

“Luego que tuve noticia de la captura de Franco, mandé instruirle el proceso correspondiente, y después de su tramitación regular y completa y de permitirle el ejercicio de todos los recursos legales, fué sentenciado á muerte el 26, y pasado por las armas, en Oaxaca, el 30 de Enero de 1867 después de haber yo salido de aquella ciudad para Puebla.”

Dice Escudero, refiriéndose al fusilamiento de Franco:

“Acaso influyó en esa ejecución un episodio des-

conocido hasta hoy y que nos creemos obligados á contar, porque revela con una precisión admirable el carácter de aquella época de luchas, de sacrificios y de gloria. “Cerca de Oaxaca, en Yanhuitlán, había dos hermanos, pintor uno, comerciante el otro, y ambos honradísimos, trabajadores y patriotas, y que veían con odio al invasor y á sus aliados. Eran los Rodríguez, indios de raza pura, que á fuerza de inteligencia y de actividad habían alcanzado una buena posición y gran influencia en los pueblos circunvecinos. Uno de ellos, sobre todo, se quiso consagrar al servicio de la causa nacional y prestó grandes auxilios al General Díaz desde que éste apareció en el Estado y comenzó su admirable campaña de guerrillero.

“Pronto fué denunciado Justo Rodríguez, el comerciante, ante el jefe imperialista, quien lo mandó reducir á prisión. Llevado el patriota ante la corte marcial, ésta lo condenó á muerte.

“Rodríguez fué encapillado en el acto y sólo se le permitió hablar con su hermano. La escena fué terrible entre aquellos dos hombres, el uno de los cuales iba á morir por adhesión á la patria. Después de abrazarse estrechamente, el que iba á ser fusilado dijo á su hermano el pintor:

“Quiero que me retrates en el acto.”

“¿Que te retrate?”

“Sí. Ve á traer un lienzo, pinceles y colores. Ese retrato lo llevas al General Porfirio Díaz el día que ocupe la ciudad, que será muy pronto, y se lo entregas como un recuerdo mío, diciéndole que en esta hora suprema, sólo un favor pido, ¡que no tenga piedad para los traidores! Que cuando quiera perdonar á uno de los que han vendido á la patria, vea mi retrato y recuerde que, al marchar al patíbulo, no le he pedido en recompensa de mis servicios más que venganza en nombre de la patria y de mi familia, que queda acaso en la miseria y la orfandad.”

“El pintor, con los ojos nublados por el llanto, hizo lo que le suplicaba su hermano y retrató á éste, con una verdad de expresión admirable. Al día siguiente el mártir fué fusilado por los imperialistas. Pero su última voluntad fué cumplida religiosamente.

“El General Díaz, al llegar á Yanhuitlán, se alojó en la casa de su antiguo amigo, Justo Rodríguez, y allí se le presentó el hermano de éste, llevando el retrato del mártir de la patria y su terrible testamento de venganza. En esos momentos recibió también el General en jefe la noticia de que Franco el comisario imperial había sido capturado, y la solicitud del indulto del traidor.

“Porfirio denegó el indulto y Franco fué pasado por las armas.”

## CAPITULO XXXIII.

### Reconstrucción y Tentaciones.

En su regreso á Oaxaca el General Díaz se puso á reunir fuerzas y material de guerra suficientes para la campaña que se proponía emprender contra la ciudad de Puebla. Para esto era necesario encontrar dinero para pagar sus soldados y sus oficiales. No escaseaban los voluntarios, por lo que escribió á Matías Romero, representante del gobierno de Juárez en Washington, que podía fácilmente poner en campaña quince mil hombres, siendo el único problema por resolver la alimentación, el vestuario y el pago de este ejército. Al mismo tiempo manifestaba su poca voluntad de imponer contribuciones á la gente del sur de México, pues estaba muy pobre, debido á las condiciones caóticas que habían prevalecido durante tanto tiempo en la República. Romero logró conseguir armas con el producto de la venta de bonos nacionales que emitió; pero no le fué posible obtener dinero para pagar los gastos del ejército de la República. Sin embargo, Díaz, con su energía usual y su habilidad para hacerse de recursos, pudo asegurarse suficientes fondos para proseguir la campaña.

El jefe liberal mandó sus agentes á Tehuantepec y al sur, á Puebla y á Veracruz, á Tlaxcala y á México, á levantar el espíritu del pueblo; y en esos lugares, famosos jefes pertenecientes al partido liberal emprendieron separadamente campañas contra los imperialistas; campañas todas que tuvieron completo éxito.

Entretanto, el cargamento de armas conseguido por Matías Romero en los Estados Unidos llegó á Minatitlán, la misma pequeña población que había presenciado una de las hazañas más características de los primeros años de la vida militar de Porfirio, y donde salvó al gobierno de Juárez un cargamento